

UNA VISITA AL CAMPANARIO DE SAN MIGUEL POR DOROTEO PALOMO CIRUELOS

A propósito de la separata que la revista "CRÓNICAS" en honor de D. Julián realiza en este número, quiero transcribir de una hoja del periódico toledano "EL ALCÁZAR", fechado en el año 1944, concretamente el 22 de diciembre, el texto en el que nos muestra su particular visión de la Torre de San Miguel. No ha sido fácil leerle; me he tenido que servir en algunos momentos de una lupa, por la letra tan pequeña con la que está escrito y por la mala lectura que se aprecia en los dobles.

Este recorte de periódico fue un regalo que don Julián me hizo, junto con otros más, y que guardo como oro en paño pues está ya muy "viejo", con ese color amarillento que da el paso de los años.

Voy a tratar de reflejar fidedignamente todo lo escrito por él, sin aumentar ni quitar ni un punto ni una coma. El relato dice así:

"Intencionadamente hemos llegado en las postrimerías de esta tarde decembrina, fría y con atisbos de ventisca, al pie mismo de la Torre de San Miguel. Es la hora del "Ángelus"; al apagarse el eco quejumbroso del último sonido de las campanas, comenzamos a subir los carcomidos escalones de la desvencijada escalera en pos del dinámico campanero. En nuestro ascenso, vamos pensando sin querer en este trabajador anónimo que a diario nos señala con exactitud cronométrica, el orto, el apogeo y el ocaso de los días. Nadie como él conoce los secretos del viejo campanario; ninguno como él sabe gustar los embrujos de esta torre solitaria de la que se considera - y con razón - único señor y conservador. Así lo creemos nosotros a la vista del solitario recibimiento que nos dispensa y de la pausada gravedad con que nos va explicando los pormenores todos, fantásticos y reales que conoce de su feudo.

Jadeantes llegamos al último rellano; el aire frío nos azota sin piedad en los rostros; es verdad que maldito caso el que hacemos cuando asomados al filo mismo del campanario contemplamos largo rato en silencio el tranquilo y desigual caserío. De sus blancas chimeneas ascienden columnitas de humo que, en su ascenso, se van esfumando entre la tenue neblina que a estas

horas cobija al pueblo. A lo lejos, destacando del gris oscuro de los olivares, se perciben las cada vez más confusas siluetas del camposanto, la ermita de la Soledad, el Calvario... Por fuera, ya que el crepúsculo quita horizonte a nuestra vista, hemos de enfilarse por la empinada calle de María de Padilla; un mundo viejo cruza por nuestra mente al contemplar su trazado y arquitectura. ¡Qué lejos de nosotros aquel palacio señorial del Rey Don Pedro; aquellas casonas con recias aldabas que ahora se nos antojan ver en la calle de Linajes, aquellos huertos y barbacas de Lilas y San Roque...!

Soñar así, asomados en el arco de un viejo campanario, cuando los últimos arreboles de un sol de invierno empiezan a perderse tras la crestería lejana y mil voces misteriosas cruzan el infinito vacío del espacio, ¡qué vello soñar! Pero al mismo tiempo, ¡qué lugar y qué postura tan peligrosa para soñar! Ya nos lo advierte así la olvidada campana que tenemos encima de nuestra cabeza al "acariciarnos" un tanto desconsideradamente en el occipucio cuando intentamos huir el vértigo que nos causa el vacío. Y extraña paradoja, nosotros somos el herido y quien se queja es el bronce. Después de todo le sobra razón para resentirse, ¡qué duda cabe! Ávidos de no perder un solo detalle exterior en los contados minutos de los que de esta tarde nos quedaban, no prestamos atención debida a nuestras suspensas e inmóviles campanas. Mas ya es tarde para dialogar con las campanas; sólo nos queda tiempo para decirles adiós y pensar en lo acertados que estuvieron nuestros abuelos al bautizarlas con los bellos nombres de "Santa María de la Paz", "Santa María de la Soledad" y "Patrocinio de San José", que llevarán por los siglos de los siglos.

Emprendemos el descenso alumbrados por la débil luz de un cabo de cera; mi acompañante baja ensartando una larga historia de un cojo que fue campanero; nuestros cuerpos proyectan sombras fantasmagóricas en el interior de la torre. Cuando nos despedimos, el aire azota sordamente los muros de la torre, gruñendo en su impotencia para desmocharla".

